



PARROQUIA SAN JOSÉ DE LAS PETACAS

CONSTRUYENDO EN LA UNIDAD

30 AÑOS



1975 – 2005

Mis queridos amigos:

¡Cuánta alegría tengo al escribirles esta cartita con motivo de los treinta años de nuestra Parroquia de San José de las Petacas!

¡Qué grande es el Señor que nos zambulló en esta Misión! ¡Qué grandes son la Virgen de Huachana y San José, que constantemente nos protegen!

¡Treinta maravillosos años! ¡Toda la alabanza para el Señor! ¡A Él sea la gloria y el honor total!

¡Qué lindo que se haya dignado elegirnos, no sólo a mí, sino también a las Hermanas Baptistinas, a Mary Quadri, a Patricia Moris y a cada uno de ustedes!

Creo que la mayor alegría del Grandote Resucitado estriba en que gente tan abandonada por los hombres, encontraran en nosotros un espíritu de acompañamiento concreto en sus dolores y anhelos, ya sean espirituales o materiales, porque el Pan de la Misa pierde sentido si no se alimenta con el pan de la Comunidad. Ése era el anhelo de Monseñor Jorge Gottau, cuando nos invitó a hacernos cargo: “Padre, yo moriría tranquilo si los jesuitas asumieran esa extensa y sufrida zona de mi Diócesis”. Me encontré con santiagueños curtidos, con grandes valores de paciencia, de fe, de hospitalidad, de sencillez, y con una sed esperanzadora de dignidad y justicia.

Asumimos el gran desafío de la inculturación, al modo de Jesús, que se hizo como nosotros, para elevarnos como hijos del Padre. No me olvido jamás de la carta del querido Padre Arrupe, cuando me hice cargo de esta nueva Parroquia: “Procure descubrir y sacar provecho de los valores que poseen esas almas sencillas, confiadas a su cuidado”. Desafío hermoso: desentrañar el rostro de Jesús que habita en nuestros amigos del monte santiagueño. Treinta años acompañando, descubriendo, alegrándonos de tantas cualidades ocultas y procurando, a su vez, el crecimiento espiritual y humano de los niños y jóvenes, adultos y ancianos.

Treinta años mancomunados, cada uno de acuerdo a sus posibilidades. Jesús crecía... Como nos lo confirmaba el Provincial Álvaro Restrepo, en los veinticinco años de Parroquia: “...Les agradecemos muchísimo lo que ustedes son, porque en sus rostros, en sus manos, vemos el rostro y las manos de Jesús...” ¡Qué lindo un Jesús con escuela, con mejor salud, un Jesús con mejor familia, con mejor alimentación, con mejor vestimenta, con casas de ladrillos, abandonando los ranchos vinchuqueros, mejores trabajos, comunicación, un Jesús con mejores caminos! Un crecer de Jesús, no sólo en las obras materiales, tan numerosas, sino en nuestros corazones, en nuestra concepción de familia cristiana comprometida. Ale-

grías compartidas, solidarias, con compromisos concretos. ¡Cuando un niño crece, Jesús crece y todos crecemos!

¡Treinta años de Parroquia! Treinta años adentrándonos y comprometiéndonos en el amor del Señor, dándole a la Parroquia un sentido de espacio muy superior a lo meramente jurídico, porque cuando procuramos que la persona crezca el espacio y el tiempo se relativizan. Hemos ampliado el espacio parroquial. Hemos estirado el tiempo parroquial. El amor trasciende el espacio y el tiempo. Porque todos formamos la Parroquia. Una Parroquia que descubrió que el lugar de Dios es el corazón del otro, especialmente de los más abandonados y necesitados. Allí estamos construyendo en la unidad. No sólo las ciento siete localidades del monte, sino también los de España, Suiza, Alemania, Praga, Buenos Aires, Córdoba....

Pero debo agregarles algo muy personal: no podría ser nunca un cura como soy, sin la ayuda de ustedes. Es innegable el crecimiento que en mi persona he podido constatar gracias a sus presencias, consejos y amistad. Jamás imaginé que el Señor me iba a dar tanto en Boquerón y que lo iba a ir descubriendo poquito a poco en cada uno de ustedes. Por eso ¡Gracias!

Juan Claudio y

